

Presentación de *El juez Aurelio*, de Teresa Uriarte (ed. Tránsito)

Librería La Milana, Alpedrete, Madrid. 12/01 /024

Mariano Aguirre

Dice el escritor estadounidense Richard Ford que «la vida siempre será más larga que un relato o una novela. Pero el propósito formal de un relato es devolvernos a la vida con más de lo que teníamos cuando empezamos su lectura».

Los relatos, afirma también Ford, son «en mayor o menor medida, un extracto de la vida». Se trata de «objetos inquietos» que tienen la «posibilidad de crear un efecto de urgencia». El que sean ««nnovadores o tradicionales (con argumento, pintorescos y con personajes verosímiles, con diálogos sensatos y estructuras temporales convencionales), y el hecho de que una cantidad relativamente breve de vida se refiera precisamente a esa vida más larga y más grande —más importante, e incluso misteriosa—, hace que los relatos carguen con la responsabilidad de ser perfectos, so pena de correr el riesgo de carecer virtualmente de todo interés». A la novela se le perdona «su superfluidad y tienen muchas más posibilidades de acertar. Pero los relatos que fracasan, extrañamente dejan de existir por completo».

En la misma dirección el gran autor de relatos Julio Cortázar escribió que «el cuento realista que se va a fijar en nuestra memoria es aquel en el que el fragmento de realidad que nos ha sido mostrado va de alguna manera mucho más allá de la anécdota y de la historia misma que cuenta».

Los cuentos que no caen en el olvido, dice Cortázar, son aquellos en los que los autores han «puesto en marcha todo un sistema de fuerzas de las que no hay por qué hablar necesariamente pero que explican lo que sucede en el cuento; lo explican de otra manera que el relato mismo, que la misma anécdota, por debajo o por encima, y le dan una fuerza que no tiene la anécdota pura, simple».

Las explicaciones de Ford y Cortázar son muy adecuadas para hablar de los cuentos de Teresa Uriarte Cantolla en el libro *El Juez Aurelio*.

La autora toma en cada cuento un extracto de vida, un personaje pintoresco a la vez que verosímil. En pocas páginas y en precisas e incisivas descripciones breves presenta un argumento, y logra que una «cantidad relativamente breve de vida» se proyecte en una historia dentro de «esa vida más larga y más grande».

Todos los cuentos giran alrededor del juez Aurelio, personaje central a la vez que secundario, tanto que le llamaban «la sombra». Un hombre que parece que nunca va a dar sorpresas porque ya en la primera línea del primer relato fallece de un ataque de miocardio el 19 de octubre de 1996. «Cuando estaba viendo la televisión en su caótico piso de Bilbao».

Al finalizar las 140 páginas este libro de relatos, tenemos el retrato fascinante de un hombre justo y de una gran variedad de personajes normales, convencionales y triviales, pero que en las manos generosas de la autora se transforman en seres extraordinarios. Por ejemplo, el hombre que rompe un escaparate para robar un par de medias para su mamá en el día de la madre, las mellizas indivisibles que se acusan mutua y ferozmente de un robo, el abogado alcohólico que debe defender de oficio a quien le robó su querido pez dorado, la mujer que quiere divorciarse sencillamente porque su marido le aburre aunque este supuesto no existe en

la ley, o el cadáver que aparece flotando en la ría del Nervión y causa un pleito entre municipios acerca de cuál debe enterrarlo, el de la ribera derecha o la izquierda.

Todos estos personajes y situaciones actúan en el mundo de los juzgados, espacio simbólico donde se dirimen las costumbres y la moral de una sociedad dada.

Estamos ante Aurelio, un juez que puede ser caracterizado como un hombre gris («no llegaba al metro sesenta y cinco, y siempre había sido rechoncho, con los ojos azules muy saltones y, de mayor, siempre iba enfundado en un chaquetón marrón nevado de caspa») en una ciudad de provincia (Bilbao, así presentada por la autora) que nació en otra ciudad de provincia (Ávila), que solo se ha enamorado una vez de «una oficiala del juzgado, madura de aspecto anticuado, falda tubo, tacones altos, con el pelo negro enroscado en un moño plátano y ojos miopes detrás de una gafas de montura dorada»), que cada día repite los gestos de su vida (cena siempre una lata de sardinas, come con las manos un pollo asado los viernes) sin gran interés construyendo y convirtiéndose en una costumbre.

Aurelio en ocasiones bebe tres copas de vinos de más (sin que eso le quite ni criterio ni entendimiento), y su pasión, aunque esta palabra no parece figurar en su vocabulario, es la Justicia a través de la aplicación de la Ley. («Solo creía, nos explica la autora, en Dios y en el Derecho», aunque desconfiaba de los curas y los jueces. Y, «en vida, el Juez Aurelio no se libró de una obsesión, la única que le preocupó, incrementada con la edad: no confundirse en su trabajo. Se le empapaba el cuerpo solo de pensar que podía cometer un error» judicial y condenar a un inocente).

Esta centralidad de la justicia en su vida es el nexo entre la realidad de Teresa Uriarte, la autora, el Juez Aurelio, su personaje de ficción, y Joana Abrisketa, la hija de Teresa, que después del fallecimiento de su madre en 2022 decidió recopilar los cuentos para este libro de entre los centenares de textos dejados por ella. Teresa era abogada además de periodista especializada en tribunales. Joana es una jurista dedicada al Derecho Internacional. *El juez Aurelio* es para siempre ese hombre que le obsesionaba ser justo.

El Juez Aurelio, en fin, cumple con el requisito que plantea Cortázar al decir que la buena literatura debe llevarnos «mucho más allá de la anécdota y de la historia misma que cuenta», y Richard Ford al indicar que su lectura nos devuelve «a la vida con más de lo que teníamos cuando empezamos su lectura».

Mariano Aguirre es analista de cuestiones internacionales. Ha sido crítico literario en *El País* y otros medios.